

Paulina Viderman

En estos días nunca despierto del todo,  
me siento en el borde del sueño  
a punto de caer de bruces, y me dedico a  
espiar el cuento en su final.  
Hay una tormenta en la cabeza calva  
sobre la almohada  
y un patio desnudo en la mía.  
La noche fue un pizarrón  
donde escribí mi piedad más ordenada,  
la más benigna.

Ojalá nevara.

El ruido de los jarros de aluminio  
con el té con leche, es mi llamado en la  
mañana, aclara mi mente tímida, mi  
grave respiración.  
El día es opulento,  
lleno de manchas en el piso,  
estoy atrapando el adiós:  
el ojo de mi "halcón de vida",  
"no por su ojo sino por su alegría"  
piso la nieve que cae, en otro lugar.

El gato asoma por detrás de la tapia  
entre los vidrios rotos.  
Se eleva sobre la marejada de la memoria,  
girando en el oscuro verano, cortando  
los tallos que me sujetan a la tierra.  
Sé que mi tibieza no le es suficiente, hay  
demasiado miedo en nuestros pelajes revueltos.  
Y en nuestro esfuerzo por vivir, no  
queda tiempo para lunaciones.  
Sólo una mirada celebratoria, un enlace  
sin traducción bajo una luz perfecta.  
Los vidrios parecen hierbas a la distancia  
y el raído saco de hilo que me cubre,  
azúcar sucia.  
Nos iremos de inmediato a nuestros asuntos  
por detrás de la vida,  
como si ella fuera la tapia, o un telón suntuoso  
(tierra de nadie entre bastidores).

A golpes de estrellas, a golpes de luna,  
¿cuánto hace que parezco un castor,  
manteniéndome a flote en los rápidos del río?  
Soy el guardián de mi padre, el guardián  
del lenguaje, títulos nobiliarios sacudidos  
por el temporal.  
El amor es un objeto antiguo, valiosísimo,  
encerrado en un museo babilónico, expuesto  
a la artillería del invasor.  
Bajo mis dedos crecen metáforas como hongos.

Días vacíos, quemados por un viento dorado.

Detrás del cielo azul pastel, habita una negrura  
de cuervo.  
Pobre cuervo, alisando sus plumas sobre  
el alambrado; él, como el castor, bebe de este mundo  
el agua posible.

Pongo un vaso y una flor  
en la mesita atestada junto a su cama,  
pero él no los mira.  
En realidad lo hago para mí.  
La vida todavía debe ser para mí,  
el viento que insiste en abrir la ventana  
aún puede dejar un poema en la escudilla.  
La crueldad de haber arrancado la flor  
a su madre planta, para mi egoísmo  
-verla morir en un escenario sórdido-  
es un anzuelo limpio (carece de rencor.)

Del otro lado, la bolsa de sangre lanza  
destellos azules, mal copiados, de mi flor.  
Para avisarme que ella es la vida por ahora:  
una paciencia de color azul.

(La lluvia que veo caer sobre los tubos  
de oxígeno en el patio, también es para mí.)